

"La responsabilidad de la victoria".

"Ha llegado la hora magnífica y tremenda en que el destino impone a los españoles la obligación de pensar en grande". Así escribía José Ortega y Gasset, el maestro, en un artículo de prensa, días después del advenimiento de la actual República Española, en 1931.

Sus palabras valen bien para nosotros, en este instante hondamente dramático de la trayectoria histórica chilena.

Tenemos la obligación de pensar en grande, y -yo diría, además,- de actuar en grande.

Es el imperativo inexorable del momento, la responsabilidad que la nueva circunstancia nos impone. Eludir ese imperativo, no afrontar hasta la médula, con franqueza y honradez, tal responsabilidad, sería renunciar a la victoria. Es como si dijéramos: morir, dejar de ser. Y nuestra agonía sería la tragedia de la República...

¿Qué significa eso de pensar y actuar en grande?

No es que imaginemos proyectos inmensos, por su contenido o trascendencia, ni que barajemos cifras astronómicas, ni que nos lancemos en épicas empresas. Es algo menos espectacular, pero más intimamente grave.

Se trata de ser grandes de alma, en pensamiento y acción. Opiniones y actos, palabras y hechos, han de revelar nobleza, altura de miras, desinterés, patriotismo, y sobre todo, honradez, sinceridad, consecuencia con el Ideal. Nada de pequeñeces, nada de suciedades... Nuestra tarea nos exige dignidad. ¡Seamos dignos de ella!

¡No debemos olvidar que se nos ha llamado a construir! Digo intencionalmente: "se nos" ha llamado, porque todos, en comunión, seremos constructores. Unos tienen su puesto en el Gobierno o la Administración, otros en la Prensa o la Tribuna, otros en la Escuela o la Fábrica, otros en la Calle o el Hogar; eso es todo.

Cada vez que un Gobierno sucede a otro, dedica en nuevo sus mejores esfuerzos a destruir lo que hizo el anterior. Nuestra misión es otra: edificar, y no demoler. Claro es que, a medida que se vaya levantando la nueva construcción, habrá que ir eliminando algunos obstáculos perniciosos. Pero nada más que eso. Ya lo afirmó el propio Presidente electo: no se atentará contra ningún legítimo derecho.

El actual es, pues, más hondo y sustantivo que todo otro cambio de Gobierno. Poco cuesta demoler; mucho edificar. Edificar exige unidad, Unidad Jerarquizada: todos como un solo hombre, firmes tras la consigna, alertas a la voz de los jefes; sin rencores, ni disidencias, ni personalismos. Edificar exige, también, arquitectura. "Ver las cosas con su perspectiva, dice Ortega, poniendo cada una en la actitud y rango que le corresponde" Es decir, clarividencia: no confundir lo importante con lo baladí, apretar los hechos en su verdadero valor. ¡Nada de formar escándalos por insignificancias...!

Edificar exige, además, tranquilidad. Ningún edificio estable puede levantarse en terreno movedizo. Por muy bien que se gobierne un barco, fácil es el naufragio en medio de una tormenta. ¡Construyamos sobre terreno firme, evitemos la tormenta! Para ello es preciso crear un ambiente de Paz. Nada de estúpidas persecuciones personales; nada de provocaciones ni de gritos destemplados. Se nos ha pintado, a los ojos de la jente crédula y miedosa, pero buena, como desarmados que deseamos aprovecharnos del desorden y la anarquía. ¡Demostremos, con nuestras palabras y actos, que buscamos, al revés de lo que se ha dicho, un verdadero Orden, fundado en la Justicia y la Libertad!

